

PROPOSITOS.

1 Por mas arreglada que sea tu vida , por mas santo que sea tu estado , por mas exacto que seas en tus santos ejercicios , teme la tibieza : es esta una enfermedad epidémica y contagiosa , y así no debes omitir cosa alguna para preservarte de ella. Solas las almas tibias no temen estar en la tibieza ; para no caer en ella , ejercítate con frecuencia en las prácticas siguientes : Primera : cumple con una puntualidad escrupulosa con todos tus ejercicios de piedad. Segunda : no te contentes con no omitirlos jamás ; ten un cuidado particular de hacerlos siempre el mismo día y á la misma hora. Tercera : haz cada uno de ellos cada vez , como si esta fuera la última que los hicieras en toda tu vida. Cuarta : practica estos avisos , con especialidad respecto de la confesion y comunión ; esta práctica es de las mas excelentes. Quinta : luego que hubieres caído en algun defecto , aunque sea el mas leve , castígate el mismo dia con alguna penitencia. Sexta : pide á Dios todos los dias el fervor , y no sirvas jamás al Señor con pereza , ociosidad y negligencia.

2 Procura en todas las grandes fiestas renovar tu fervor , celebrarlas con una nueva devocion : comienza por la festividad de la immaculada Concepcion que viene luego. Acúsate en las confesiones de la tibieza con que sirves á Dios. Está alerta contra las distracciones voluntarias , especialmente en tus oraciones vocales. Jamás te descuides de orar y rezar con respeto. Evita las posturas acomodadas y poco decentes. Vela singularmente sobre tus sentidos , y haz alguna mortificacion ; porque el amor propio y la falta de mortificacion son siempre el origen funesto de la tibieza. Finalmente , ten un extremo horror á esta enfermedad espiritual , de la que casi nunca se cura.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

LA CONSAGRACION DE SAN AMBROSIO, obispo y doctor de la Iglesia , en Milan ; cuya doctrina y santidad sirve de ornamento á toda la Iglesia. (*Véase su vida hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN AGATON, soldado, en Alejandria ; el cual en la persecucion de Decio como quisiese impedir la befa que algunos gentiles hacian de los cuerpos de los mártires, se levantó contra él de repente el clamor del vulgo : le prendieron, y presentado ante el juez, per-

maneciendo constante en confesar á Cristo, en castigo de su piedad fué sentenciado á muerte.

LOS SANTOS MARTIRES POLICARPO Y TEODORO, en Antioquia.

SAN SIERVO, mártir, en Tuburbo en Africa; el cual en la persecucion de los vándalos, por orden del rey Hunerico arriano, fué azotado por largo tiempo con varillas, levantado en alto repetidas veces con una polea, dejándole despues caer á plomo sobre agudos pedernales, y tambien frotado con piedras muy afiladas, y asi alcanzó la palma del martirio.

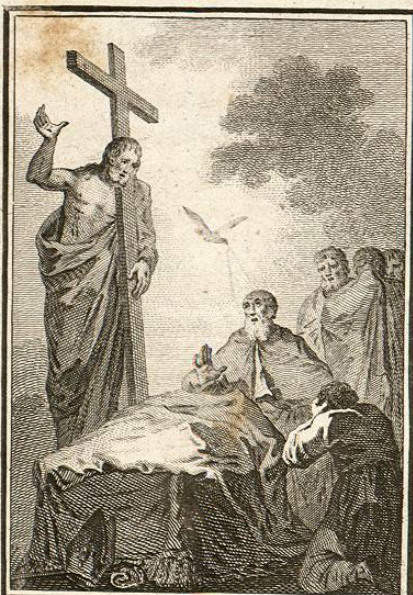
SAN URBANO, obispo y confesor, en Teano en la Campaña.

SAN MARTIN, abad, en Saintes en Francia, en cuyo sepulcro obra Dios continuos milagros. (Fué discípulo de S. Martin obispo de Tours y maestro de S. Eutropio.)

SANTA FARA, virgen, en una aldea de Meaux. (Era hija de uno de los principales dignatarios de la corte de Teodoberto, rey de Austrasia, y hermana de S. Faron. Cuando llegó á la pubertad sus padres la propusieron un ventajoso casamiento; pero declarando ella que habia hecho voto de castidad, y que nunca tendria otro esposo que Jesucristo, auxiliada de S. Eustasio, tomó el velo de religiosa en Meaux el año 614. Dos años despues se fundó por su padre el célebre monasterio que en su origen se llamó Brige y despues de Faremoutier; y aunque la Santa era muy jóven, fué nombrada primera abadesa, y asistida de los consejos de S. Cognoaldo y S. Walberto, estableció en él la regla de S. Columbano. La reputacion de su santidad corrió desde luego por toda la Francia, de modo que fueron á visitarla muchos principes y prelados, y llenaron su monasterio muchas almas heroicas honradas en los calendarios, como las santas Sisetrudis, Gibitrudis, Hercontrudis, y otras. Despues de una prolija y penosa enfermedad, fué llamada á recibir la corona eterna en el dia 3 de abril del año 635, y por su intercesion se han obrado innumerables milagros. En los escritos antiguos es llamada Burgundofora. *But.*)

SAN AMBROSIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

SAN Ambrosio, uno de los mas célebres doctores de la Iglesia, era hijo de Ambrosio, prefecto del pretorio de las Galias, dignidad que daba entonces en el imperio el mayor honor y la primera autoridad despues del emperador: nació el año de 340 en la ciudad de las Galias, donde residia entonces su padre; esto es, ó en Arlés, ó en Tréveris, ó en Leon. Su nacimiento fué acompañado de un presagio seguro de su futura elocuencia; pues estando aun en la cuna, entró en el cuarto un enjambre de abejas, y revoloteando al rededor de él, parecia que entraban en su boca, y salian unas despues de otras. Corrieron á echarlas de allí; pero el padre, que se hallaba presente, no dudando que hubiese en esto algun misterio, lo embarazó, y



S. AMBROSIO O.
Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

quiso ver el fin de este prodigio. Pasado un rato salió el enjambre por la ventana, y se elevó por el aire tan alto, que le perdieron de vista. Al ver esto, dijo el padre que su hijo sería un día alguna cosa grande si Dios le conservaba la vida. Le educaron con cuidado, y su educación correspondió á la piedad de sus padres y á la nobleza de su nacimiento. Tuvo la dicha de tener una madre todavía mas distinguida en el mundo por su eminente piedad, que por lo elevado de su condicion. De tres hijos que tuvo, no hubo uno que no fuera santo. Su hija, que era la mayor de todos tres, fué Sta. Marcelina: su hijo mayor fué S. Sátiro; y el menor de todos, que era Ambrosio, los sobrepujó en méritos y en santidad á todos.

Ambrosio se mantuvo en las Galias hasta la muerte de su padre; despues de la cual se fué con su madre á Roma, no teniendo mas que cuatro ó cinco años de edad. Viendo un día que su madre y su hermana besaban la mano al obispo, que probablemente era el papa S. Julio, les presentó tambien, por modo de juego, la suya para que la besáran, diciendo, aunque de chanza, que habia de ser obispo. El suceso hizo ver que quien hablaba entonces en él era el Espiritu Santo. El niño Ambrosio mostraba ya en sus mas tiernos años un genio tan vivo, tan despejado y tan superior á todos los de su edad, que procuraron aplicarle con tiempo al estudio de las bellas letras; á poco tiempo se habilitó en la lengua y ciencia de los griegos, y particularmente en la elocuencia, que era entonces la principal ocupacion de los jóvenes de calidad que aspiraban á los empleos del imperio. Habiendo su hermana Marcelina hecho profesion de virginidad, y recibido el velo de mano del papa Liberio, Ambrosio quedó admirado y movido de este ejemplo doméstico, y juntando la piedad al estudio, vino á ser el mancebo mas cabal que se conocia en Roma; se adquirió la amistad de Anicio Probo, prefecto del pretorio: peroró algun tiempo en su tribunal con tal elocuencia y majestad, que Probo le eligió por su asesor, y poco tiempo despues le nombró gobernador de la Emilia y de la Liguria, que comprendian todo el país conocido hoy bajo el nombre del Milanésado, Genovesado, Piamonte, Parmesado, Boloñés, el Modenés y el Estado eclesiástico. Luego que el emperador Valentiniano hubo confirmado esta eleccion, á que añadió las insignias del consulado, el prefecto Probo dijo á Ambrosio cuando partia para su gobierno: Vé, y obra, no como juez, sino como obispo; queriendo darle á entender en esto, que un gobernador debe ser padre del pueblo por su afabilidad y su dulzura.

Ambrosio para esto no tuvo que hacer otra cosa que seguir su

natural. Se portó con tanta cordura, y supo ganar tan bien los corazones de todos, que se respetaba hasta el solo nombre de Ambrosio. No habia sino uno ó dos años que estaba en Milan cuando el año de 374 murió Aujencio, obispo arriano, á quien el emperador Constancio habia entrometido en aquella iglesia: se movió una gran disputa entre los arrianos y los católicos de Milan sobre la eleccion de sucesor, queriendo cada uno de los dos partidos poner en la cátedra episcopal un sugeto de su comunión: creyó Ambrosio que como gobernador debia ir á la iglesia; en efecto fué, y arengó al pueblo en asunto de la eleccion con tanta elocuencia, que llevó todos los espíritus á la paz y tranquilidad pública. Apenas acabó de hablar, un niño exclamó en medio de la iglesia: *Ambrosio obispo*. Este grito se tomó como una voz del cielo; y toda la multitud se puso á repetir por tres veces con grande aplauso: *Ambrosio es nuestro obispo*. Lo que hay mas que admirar aquí es, que todos los espíritus se unieron en este punto como por milagro, por mas que fuesen de diversa secta, y todos convinieron en pedir por él, aunque era magistrado, y no era todavía sino catecúmeno. Todos reconocieron la voz de Dios en esta unanimidad: Ambrosio solo fué el que no quiso reconocerla; nunca habló con mas fuerza y elocuencia que para defenderse de admitir el obispado. Sus razones, sus ruegos, sus mismas lágrimas, sus renunciás fueron en vano; por lo cual huyó y se escondió. Pero Dios, que le habia escogido para ser una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, y el modelo de los mas santos prelados, permitió que habiendo salido de la ciudad en medio de la noche para retirarse á Pavia, cuando creia haber caminado mucho, se encontrase al amanecer á la puerta de Milan. Halló medio de ocultarse en la campaña en casa de uno de sus amigos; pero fué descubierto por el mismo que le habia franqueado este retiro: sin embargo, empleó todos los artificios imaginables para que no tuviera efecto la eleccion: aparentó una gran severidad, y aun quiso dar á entender que era de costumbres no buenas; pero conociendo el pueblo que todo era fingido, no mudó de determinacion. Enviaron al emperador Valentiniano una fiel relacion de todo lo que habia pasado; y este principe, que estaba entonces en Tréveris, se llenó de gozo al ver que le pedian por obispo al que él habia enviado por gobernador: mandó á Itálico, vicario de Italia, que procurára que Ambrosio se ordenára y consagrára cuanto antes. No pudiendo éste dudar mas que fuese esta la voluntad de Dios, recibió el bautismo de mano de un obispo católico, como lo habia pedido espresamente. Recibió despues todos los sagrados órdenes, y fué solemnemente

consagrado obispo el día 7 de diciembre del año 374, á los treinta y cinco de su edad.

Luego que Ambrosio se vió obispo distribuyó á la iglesia y á los pobres todo el oro y plata que tenia, y donó á la iglesia todas sus tierras. Asimismo se impuso tres obligaciones particulares, de las que jamás se dispensó. La primera, de no pasar día alguno sin decir misa: la segunda, de predicar todos los domingos el Evangelio á su pueblo; y la tercera, de no omitir nada de cuanto podía contribuir para hacer florecer la religion, y destruir la herejía. El estudio de la religion fué el único estudio en que se ocupó mientras fué obispo. Pasaba una parte de la noche, y todos los ratos que podía hurtar á los negocios por el día, en meditar las verdades de la sagrada Escritura, y en leer los escritos de los Padres. Los de S. Basilio el grande fueron muy de su gusto: trabó una grande amistad con este incomparable doctor, y los dos grandes Santos se correspondieron por cartas toda la vida. Estudiaba mucho, pero todavía oraba mas; y aunque su espíritu era muy eminente, y muy continua su aplicacion, la posteridad ha estado siempre persuadida á que su ciencia era infusa; y por este motivo le pintan con el símbolo del Espíritu Santo en una paloma que le habla al oido.

En medio de un trabajo tan grande, mortificaba su cuerpo con un ayuno continuo y con una abstinencia prodigiosa. No cenaba sino el domingo y las grandes festividades: los otros dias no tomaba por la noche sino una refeccion muy moderada; dormia muy poco, y en sus vigilijs no interrumpia sus ordinarios trabajos. Tenia un amor tan ardiente y tan tierno á Jesucristo sacramentado, que no ofrecia jamás el divino sacrificio sin derramar muchas lágrimas. Sus escritos muestran demasiado su ternura y su confianza para con la Madre de Dios; por eso la Iglesia ha mirado siempre á este gran doctor como uno de los mas zelosos devotos de la Virgen santísima.

San Ambrosio no estuvo mucho tiempo sin hacer conocer lo que la Iglesia debia esperar de su zelo y de su generosidad. Queriendo los ministros del emperador emprender algunas cosas contra los derechos y los cánones de la Iglesia, se opuso con vigor, se quejó animosamente á Valentiniano, y embarazó el que se hiciera cosa alguna contra el buen orden. Habiendo muerto este príncipe el año 375, dejó el imperio á sus dos hijos, Graciano de edad de diez y siete años, y Valentiniano el jóven, que no tenia sino cuatro. S. Ambrosio miró á estos jóvenes emperadores con una ternura de padre; y ellos por su parte le honraron así el uno como el otro como si fueran sus hijos.

En este tiempo los arrianos, acostumbrados á dominar en la iglesia de Milan bajo de Aujencio su predecesor, no omitian diligencia alguna para frustrar los deseos y providencias del santo obispo; pero S. Ambrosio, sostenido de la autoridad del emperador Graciano, vino á ser su azote, y los precisó á convertirse, ó á vivir en paz y callar. Como en los sermones que predicaba tan frecuentemente á su pueblo sobre los medios de salvarse cada uno en su estado, se aplicaba particularmente á exaltar la escelencia de la virginidad, y hacer conocer la dicha de las vírgenes, sus predicaciones produjeron muchos y pasmosos efectos. Se vieron venir á Milan, no solo de las ciudades de Italia, sino tambien de la Mauritania, varias doncellas á consagrar á Dios su virginidad bajo su direccion, y tomar el sagrado velo de mano del santo obispo. Los frutos de sus sermones fueron tan léjos, y sus predicaciones eran tan eficaces, que las madres encerraban sus hijas para que no asistieran á sus instrucciones; lo que le hizo decir con gracia, que pues las exhortaciones que hacia en Milan producian efectos tan prodigiosos en las provincias remotas, mientras que su pueblo era insensible á ellas, estaba en ánimo de ir á predicar á las provincias distantes, á fin de mover á los de Milan. El buen efecto que producian sus sermones le obligó á recogerlos, y hacer de ellos un cuerpo que dividió en tres libros, intitulados *de las Virgenes*. No habia sino tres años que era obispo cuando hizo esta coleccion; y pocos dias despues compuso el libro *de las Viudas*, que fué bien pronto seguido de un segundo tratado de la virginidad, contra los que pretendian imputarle á delito el que tantas gentes renunciassen al matrimonio.

Habiéndose declarado Valente, emperador de Oriente, protector de la herejia arriana, atrajo el enojo de Dios sobre sí y sobre todos sus estados. Los godos vinieron á arrojarse sobre él con un ejército formidable: yendo en su socorro el emperador Graciano, su sobrino, quiso tener de S. Ambrosio un preservativo contra los errores de los orientales, lo que obligó al Santo á componer su escelente tratado *de la Fe*, que fué citado despues con tantos elogios en el concilio general de Efeso. Habiendo muerto en Milan su hermano S. Sátiro en el año 389, S. Ambrosio predicó su oracion fúnebre el día de su entierro, y distribuyó á los pobres los bienes que habia dejado. Dos años despues hizo convocar un concilio en Aquileya, donde confundió é hizo condenar á Secundiano y Paladio, presbíteros arrianos, y logró del emperador un edicto en que se prohibia á los herejes tener asambleas en adelante.

Habiendo vacado el obispado de Sirmio, metrópoli de Pano-

nia, fué allí nuestro Santo para embarazar el que ocupase aquella silla algun obispo arriano por el favor que lograba esta secta de la emperatriz Justina. Estando sentado en la silla episcopal, tuvo el descaro una jóven arriana de subir al presbiterio, y coger á S. Ambrosio de los hábitos para hacerle bajar. El Santo se contentó con decirle de un modo grave, que aunque él fuese indigno del sacerdocio, no convenia ni á su sexo ni á su profesion poner la mano sobre un sacerdote cualquiera que fuese, y que debia temer los juicios de Dios. Pocas horas despues murió de repente esta desventurada doncella, y S. Ambrosio quiso asistir la mañana siguiente á sus funerales. Estando nuestro Santo de vuelta para Milan, fué á pedir perdon por un reo al emperador Graciano. El mayordomo mayor, llamado Macedonio, hombre duro, le hizo cerrar la puerta de palacio: al volverse el Santo hácia su casa dijo sin alterarse: Algun dia vendrás á la iglesia, y no entrarás en ella; esta prediccion se cumplió despues de la muerte del emperador, cuando queriendo Macedonio refugiarse en la iglesia, no pudo dar con la puerta; tan aturdido y ciego le habia puesto el miedo.

Habiendo ido á Roma S. Ambrosio para asistir al concilio que habia juntado el papa S. Dámaso, fué recibido y escuchado de todos como un oráculo. Una mujer que estaba paralítica en una cama, sabiendo que el Santo estaba allí, se hizo llevar, y habiendo tocado su ropa quedó sana al mismo instante. Despues que volvió de Roma, compuso su tratado del misterio de la Encarnacion. A la salida de un sermón que habia predicado sobre este misterio, dos oficiales arrianos le propusieron una cuestion, ofreciéndole venir la mañana siguiente á la misma hora á oír la solucion. El Santo se fué al paraje donde le habian propuesto la cuestion; pero los oficiales, burlándose de la palabra que le habian dado, se metieron en su coche para irse á divertirse: el Santo, despues de haberlos esperado inútilmente, esplicó la cuestion; y al bajar del púlpito supo, que habiéndose volcado el coche, habian caído los dos oficiales en un precipicio, donde perecieron miserablemente.

El año 383, habiendo sido asesinado en Leon el emperador Graciano por la perfidia de algunos de los suyos que le abandonaron por seguir la rebelion del tirano Máximo, se recurrió á S. Ambrosio como el único dique que podia oponerse á este terrible enemigo: aceptó el Santo esta arriesgada comision, se plantó en Tréveris, habló al tirano, y le hicieron tanta impresion sus razones, que dejó la resolucion que habia tomado de pasar á Italia. Luego que llegó á Milan de vuel-

ta de esta espedicion, supo que Símaco, prefecto de Roma y pagano obstinado, queriendo aprovecharse de la flaqueza del gobierno del jóven Valentiniano, y de su madre Justina, habia dirigido una representacion al emperador, en que le pedia el restablecimiento del altar de la Victoria, de los sacerdotes paganos, de los sacrificios y de las vestales. S. Ambrosio compuso una respuesta á esta representacion, tan cabal, tan enérgica y tan concluyente, que el emperador quedó convencido de la iniquidad de la peticion: negó á los paganos todo lo que le pedian; y se puede decir que despues de Dios fué la Iglesia deudora á S. Ambrosio de esta última victoria que alcanzó sobre el paganismo.

La emperatriz Justina, ingrata á los grandes servicios que nuestro Santo habia hecho al estado, y ciega mas que nunca por su arrianismo, viendo que se acercaba la fiesta de Pascua, pidió al Santo una iglesia en Milan donde pudiesen juntarse los arrianos que la servian y acompañaban: el Santo se la negó intrépidamente. La emperatriz mandó, amenazó é hizo ocupar la basílica Porciana á nombre del jóven emperador; pero el Santo permaneció inflexible, y fué menester que la ira de la emperatriz cediese á su intrepidez. El eunuco Caligono, camarero mayor del emperador, arriano declarado, tuvo la insolencia de decir al santo obispo que le cortaria la cabeza si proseguia en menospreciar las órdenes de su majestad. El Santo se contentó con responderle, que si Dios le permitia cumplir su amenaza, como él lo deseaba, Ambrosio padeceria como obispo, y Caligono obraria como eunuco.

El año siguiente se declaró abiertamente la persecucion, en la que Justina no guardó mas medidas: resuelta á emplear todo su poder para restablecer el arrianismo en todo el Milanésado, amenazó arrojar de sus sillas á los obispos si no recibian los decretos del concilio de Rimini, y publicó una ley en nombre del emperador su hijo para autorizar las juntas de los arrianos. Benévolo, secretario de estado, inviolablemente adicto á la fe católica, quiso mas perder su empleo, que estender y firmar este edicto. Mercurino, escita de nacion, obispo arriano, á quien los herejes habian nombrado obispo de Milan por la faccion arriana, y el que, desacreditado por sus delitos, habia mudado su nombre de Mercurino en el de Aujencio, que estaba en veneracion entre los arrianos, estendió y dirigió este edicto. La emperatriz, hallando á S. Ambrosio contrario en todo á sus perniciosos designios, determinó pervertirle ó arrojarle de su silla, y le mandó á decir que escogiera jueces y árbitros por su parte, como Aujencio lo